

# Guzmán, académico

Susana Quintanilla

*El autor de La sombra del caudillo fue un miembro polémico de la Academia Mexicana de la Lengua. Como informa Susana Quintanilla, integrante del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del IPN, Martín Luis Guzmán propuso y defendió la independencia de las academias americanas ante la hegemonía de la Real Academia Española, enarbolando un concepto más amplio de hispanidad.*

A las siete de la tarde del viernes 19 de febrero de 1954 los acordes del Himno Nacional, ejecutados por una banda de guerra, anunciaron el arribo de Adolfo Ruiz Cortines, presidente de México, a la explanada frontal del Palacio de Bellas Artes. Fue recibido al pie de la escalinata por los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua (AML), quienes lo acompañaron al interior de la Sala Manuel M. Ponce. Se dirigieron juntos a la mesa de honor, donde Ruiz Cortines ocupó el lugar central.

La sala estaba repleta y un reportero observó que en las butacas muchas damas “daban su nota elegante y animada”. Entre los asistentes había varios patronos de los medios de comunicación, así como algunos políticos notables: secretarios de estado, senadores, diputados, gobernadores y altos mandos del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Pero la atención de los reporteros se concentraba en las luminarias del entretenimiento, cuya conjunción en un mismo sitio resultaba inusual.

Estas personalidades se habían reunido para presenciar la recepción del escritor Martín Luis Guzmán Franco como individuo de número de la Academia, trece años después de haber sido nombrado miembro correspon-

diente. Guzmán estaba de pie detrás de una mesilla situada a la izquierda del estrado de la sala. Iba vestido con un traje oscuro a rayas que combinaba con la corbata azul, moteada de rojo y blanco. Tenía 66 años y cuatro meses, una edad avanzada para la época, pero radiaba dinamismo y autoridad. No por su complexión física (era delgado y de estatura baja), sino por la intensidad de sus movimientos y de su mirada. Y es que, según observaría José Gorostiza catorce años más tarde, este “gran señor de pequeña estatura compensaba su falta de corpulencia con una enorme energía moral e intelectual y con una capacidad ilimitada de trabajo”.

De acuerdo con el protocolo, el recién llegado a la AML dedica su discurso de ingreso a la obra de su antecesor en la silla académica. Guzmán comenzó la lectura del suyo diciendo que había planeado respetar esta formalidad y hablar de los reformadores mexicanos como hombres de letras, pero que la destreza en este tema del poco antes fallecido Raimundo Sánchez y su propia ineptitud lo habían disuadido de este propósito. Unas líneas más adelante expresó el motivo de fondo del cambio. Alegó que la rareza de su situación en la Academia

hacía inexcusable una explicación, y que la mejor manera de proporcionarla era mediante un recuento de los momentos culminantes que decidieron los principales aspectos de su vida, “inclusive los de escritor”:

Porque eso sí os revelará, al pintarme en función de mi propia historia, cuáles son el móvil y el sentido de mis actos, y cuál la condición humana que ha de atribuírseme por las raíces de mi conducta, no según el patrón que pretenda medirme a capricho, y cuáles las directrices de mi modesta personalidad conforme a lo que ella encierra de cierto, no a través del cristal con que se la mire. Sabréis, dicho de otro modo, si en verdad soy, como por allí se dice, un hombre en pleito con los valores y prestigios más respetables para toda una parte de la humanidad; un personaje extraño, extravagante, absurdo; una especie de iconoclasta desorbitado, o comunista feroz, o anticristiano inmundado, o ateo proclive, y hasta un inenarrable enemigo personal de la Virgen de Guadalupe; que todas estas zarandajas, y otras no menos divertidas, me suponen los aficionados a lo arcano y tenebroso, seguros de estar tocando con el dedo el fondo de lo insondable. Aunque también puede suceder que, lejos de inmensurabilidades tamañas, y muy natural y contenidamente, resulte yo ser tan sólo un hijo de mi hora y de mi país, o, acaso, de aquello que mi país y mi hora tienen de más inquietante, por más vivo y fecundo.

Guzmán reconoció que a lo largo de los trece años de espera para ser reconocido como miembro de número había tenido desacuerdos de fondo con las normas y el funcionamiento de la Academia; pero no se detuvo en estos: tenía cosas más importantes que decir. No obstante, algunos de los presentes recordaban lo ocurrido en el mismo sitio la noche del lunes 21 de agosto de 1950, cuando se celebraba la sesión solemne para recibir a Alfonso Cravioto. El último académico en llegar a la sala fue el doctor Luis María Martínez, arzobispo de México, quien vestía ropas talares. Mientras el jerarca de la Iglesia caminaba hacia el estrado, un sujeto exhortaba al público a regocijarse por tener ahí al enviado de Dios que habría de convertirse en el guía espiritual del que saldrían palabras de consuelo e inspiración para los presentes y para toda la nación católica mexicana.

Guzmán se puso de pie para exigir a Alejandro Quijano, director de la AML, que aclarara bajo qué autoridad había hablado el hombre desconocido que aún estaba en la plataforma. Quijano respondió que él tampoco sabía quién era la persona mencionada y que esta no tenía autorización para hablar. “Si lo que dijo coincide acaso con el íntimo sentir personal mío, es, sin embargo, totalmente ajeno a nuestra Academia”, concluyó Quijano.

Guzmán agradeció a viva voz la aclaración, entre otras razones porque lo dicho por el desconocido, si



Martín Luis Guzmán





bien podía complacer a Quijano, era contrario con su sentir y tal vez con el de otros académicos. Además, agregó Guzmán, las palabras pronunciadas eran ajenas a la naturaleza del acto que estaba por iniciar.

Al día siguiente Guzmán envió a Quijano una iniciativa con la solicitud de que fuera discutida en la próxima reunión ordinaria de la AML. La propuesta comprometía a la Academia a no celebrar, o a no proseguir si ya se había iniciado, ningún acto público en el cual alguno o algunos de los académicos contravinieran los artículos 24 y 130 de la Constitución de la República, en los que se establecía que los actos religiosos debían celebrarse dentro de los templos y que fuera de estos los ministros de los cultos no podían usar trajes especiales ni distintivos que los caracterizaran. Por tanto, el artículo 35 del Reglamento de la Academia, que permitía a los eclesiásticos y militares usar el traje que correspondía a su ministerio y a su profesión, debía ser suprimido.

Poco después de que la iniciativa fuera debatida sin llegar a una resolución, un académico visitó a Guzmán para ofrecerle un acuerdo: el arzobispo no volvería a concurrir a las sesiones públicas vistiendo sotanas, siempre y cuando Guzmán no persistiera en su actitud hasta que la Academia resolviera el asunto de forma tranquila. Y así lo hizo: de manera misteriosa, el acta de la reunión decía que, “no obstante que la mayoría aceptó y votó la tesis de improcedencia de la moción del señor Guzmán”, se acordó suprimir de los Estatutos de la cor-

poración el artículo 35. Esto último nunca se realizó, pero el texto de dicho artículo fue modificado de acuerdo con lo sostenido por Guzmán: “En las sesiones solemnes que celebre la Academia, los socios están obligados a portar el distintivo de la Academia. Este será igual para todos”.

El episodio de las ropas talaras anticipó lo que la prensa de la época describió como el grito de independencia de la AML, que se dio en el contexto del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española realizado en la Ciudad de México a finales de abril y principios de mayo de 1951. El encuentro tenía el respaldo de Miguel Alemán Valdés, presidente de México, y había sido gestionado con esmero desde unos meses antes. Como parte de los preparativos, una comisión de académicos mexicanos había viajado a Madrid para formalizar la invitación a la Real Academia Española (RAE) a participar en lo que era considerado un hispanismo bajo la égida incuestionable de España. Los miembros de la comisión mexicana fueron recibidos con entusiasmo por sus pares españoles, quienes aceptaron gustosos la invitación.

Poco antes de la inauguración del encuentro, el secretario de la RAE envió una carta al director de la AML. Decía que sus compañeros estaban ultimando sus preparativos de viaje cuando recibieron una indicación de la Superioridad informándoles de “circunstancias en razón de las cuales la Academia Española no podría asistir al congreso de México”.

Si bien la misiva no identificaba a la superioridad ni explicaba cuál era su indicación y cuáles las circunstancias que la habían generado, la circulación en México de las declaraciones públicas realizadas por el ministro de Educación Nacional del gobierno de Francisco Franco develaron la naturaleza política del entuerto. Y es que el funcionario afirmó que, al recibir la invitación hecha por el presidente de México, la RAE había expresado que razones de patriotismo exigían que el gobierno mexicano manifestara públicamente haber puesto término a sus relaciones con el “gobierno rojo” y desconociera a la “llamada representación diplomática española existente en México”. Como esta condición no se había cumplido, la RAE decidió no acudir al congreso.

Los delegados de las academias de Hispanoamérica y Filipinas se reunieron en sesión plenaria la tarde del martes 24 de abril en el octavo piso del Instituto Mexicano del Seguro Social, en el Paseo de la Reforma. Nemesio García Naranjo, presidente de la AML, lamentó la ausencia de la RAE y la atribuyó a circunstancias extrañas al “desinteresado y puro” propósito que había convocado a los ahí presentes. Con estas palabras, García Naranjo quiso sortear el tema del “peligrosísimo rompimiento” que había sido expuesto a la opinión pública unas horas antes mediante la filtración a la prensa de una

iniciativa elaborada por Guzmán acerca de los vínculos entre la RAE y sus filiales. Los reporteros estaban atentos a cuanto sucedía en la sesión, cuyos delegados comentaban con preocupación el texto divulgado.

A las 4:40 pm, cuando la asamblea se desviaba por caminos opuestos al que había despertado la curiosidad de los periódicos, Guzmán formuló una moción de procedimiento. Algunos académicos intentaron acallarlo mediante conductas y palabras que, según un periodista, distaban mucho de la circunspección propia de reuniones como la que estaba ocurriendo. El desgaire, los ademanes y las exclamaciones daban la apariencia de que la asamblea se había convertido en un congreso estudiantil al que asistiera la inquieta juventud latinoamericana.

Una vez reestablecido el orden, se acordó que Guzmán presentara su iniciativa en el pleno que habría de llevarse a cabo el viernes 27 de abril. Dos días antes la AML citó a una reunión extraordinaria para decidir si apoyaba o no la propuesta de Guzmán. Por abrumadora mayoría (17 votos a favor y uno en contra), la Academia Mexicana se declaró contraria a la iniciativa porque estaba fuera del temario aprobado para el congreso e involucraba a este en asuntos ajenos a su propósito cultural de buscar la unificación del idioma y las mejores formas de su desenvolvimiento en el futuro. Aunque supuestamente la sesión ocurrió a puerta cerrada, algunos periódicos nacionales publicaron pormenores de la discusión y los nombres de los debatientes.

El secretario de la AML anunció a las 4:47 pm del 27 de abril la instalación formal de la primera sesión plenaria del Congreso. El director de los debates advirtió al público que debía guardar silencio. Mientras Guzmán se dirigía a la tribuna, la orden fue acatada. Entonces, la delegación de Venezuela distrajo a la asamblea mediante la solicitud de una nueva proposición. Intervinieron seis delegados para opinar o para hacer mociones y aclaraciones en medio de bullas y palmoteos. Entusiasmado por el alboroto, un anciano académico exclamó: “Señores, ¡me siento otra vez joven!”.

Una hora después de haber llegado a la tribuna Guzmán inició su intervención con un preámbulo que supuestamente debía calmar los ánimos pero que los exacerbó poniendo en el centro lo que, según las declaraciones del ministro de Educación de España, implicaba la decisión tomada por la RAE de no asistir al congreso: poner al presidente de la República Mexicana la condición de que variara su política exterior. En este sentido, el silencio de los académicos españoles ante la declaración, evidentemente falsa, del funcionario de Franco y su sumisión a la misteriosa superioridad que los llevó a declinar una invitación que ya habían aceptado los volvía cómplices de una batalla política en contra de México.

El giro impuesto por Guzmán al debate culminó con un cuestionamiento a los académicos españoles, cuya conducta había sido disculpada por algunos delegados en consideración a su avanzada edad y porque vivían bajo una dictadura atroz. Sin calificar al gobierno de Franco, Guzmán describió los caminos seguidos por hombres igualmente viejos, sabios y dedicados a ocupaciones tranquilas, sedentarias y librescas, que habían optado por las virtudes heroicas propias de los jóvenes guerreros. Entre los muchos ejemplos posibles, Guzmán describió dos: Miguel de Unamuno, confinado en Fuerte Ventura y después expatriado por desafiar a la dictadura de Primo de Rivera, y Ramón del Valle-Inclán, quien siguió denunciando desde la Cárcel Modelo de Madrid las ilegalidades del mismo gobierno.

Habían transcurrido los diez minutos reglamentarios para los oradores, y Guzmán no entraba de lleno en el tema de su intervención. Algunos académicos mostraban sus relojes al moderador, pero este no se daba por enterado. Otros hacían señas a la presidencia para que fueran anotados en la lista de los oradores en contra. Un delegado dominicano recibió un sobre que contenía un recado a máquina: “A juzgar por los fundamentos, más vale que no se discuta la proposición”.

Guzmán tardó otros diez minutos en leer los once considerandos que sustentaban las cuatro resoluciones



propuestas: 1) recomendar a las academias americanas y filipina correspondientes de la RAE que renunciaran a su asociación con esta última y asumieran la autonomía; 2) que cada una procediera a reconstituirse según los dictados de su propia voluntad y atendiendo las circunstancias nacionales que en su país tuvieran importancia para la conservación, depuración y evolución de la lengua patria; 3) que tan pronto como fueran reconstituídas autónomamente dieran los pasos conducentes para que sus representantes se reunieran con los de la RAE en la Ciudad de México o en otra capital del continente con el fin de convenir, ya sobre pie de igualdad, la asociación “clara, igualitaria, fecunda” que habría de unir las en el futuro; y 4) que el congreso designara una comisión permanente provista de los poderes y medios necesarios para llevar a término las resoluciones anteriores.

Indiferente a las muestras de entusiasmo o de rechazo, Guzmán argumentó que sus propuestas sugerían un procedimiento “digno y práctico” para llegar a una verdadera confederación de academias del idioma español. Inmediatamente después pidió tiempo para responder a las acusaciones de que él era “un heterodoxo, un perturbador, un vulgar buscabullas”. Si por esto había de entenderse a quien, “sin dialogar a solas con su conciencia ni oír en el recinto profundo de sus emociones”, discurre arbitrario sobre las cosas y se lanza a ellas sólo para trastocarlas, él no era esa persona. Si los calificativos describían a todo aquel que, “en lucha con la esterilidad de la quietud por la quietud, siente el estrechamiento con que toda tradición en marcha florece y da renuevos cada día y que movido por ese sentimiento acepta cabalgar la vida en la cresta de una ola”, entonces eran aplicables a él.

A modo de ejemplo de heterodoxias análogas a las que se estaban produciendo en el Congreso, Guzmán se remontó a 1808, cuando Francisco Primo de Verdad sostuvo ante el Ayuntamiento de la Ciudad de México, del que era síndico, la tesis de que como el soberano español había dejado de gobernar el pueblo de la Nueva España recobraba su soberanía. Su voz fue acallada, pero 13 años después, el 27 de septiembre de 1821, el pabellón de la soberanía nacional ondearía sobre México.

Tras aclarar las diferencias entre una sacudida política que da origen a una nación y un modesto acontecimiento literario, Guzmán se preguntó si el llamado a la libertad de las academias prosperaría. Quizá no ahora, se respondió a sí mismo, pero llegaría la hora en que la campana de plata que el presidente Miguel Alemán obsequió a la AML el día de la inauguración del Congreso se convertiría en una nueva campana de Dolores.

Los periódicos dieron cuenta detallada de lo sucedido después de que Guzmán concluyó su intervención en medio de aplausos. Si bien las listas de oradores a

favor (sólo tres anotados) y en contra (más de quince) presagiaban un largo debate, nadie imaginó que este sería tan controversial. Los primeros participantes tuvieron que subir la voz para hacerse escuchar en el tumulto. No debatían las tesis de Guzmán, sino la facultad del pleno para conocer y sancionar un asunto fuera de su competencia. Entre amenazas de retiro por parte de dos delegaciones, llamados a la cordura y paroxismos oratorios, fueron apuntaladas dos posturas: la inhibición inmediata de la propuesta o que esta fuera dictaminada por una comisión.

Poco antes de que se procediera a la votación el presidente de la asamblea concedió la palabra a Guzmán, quien agradeció con sorna el amparo a sus derechos y la “exquisita cortesía” con la que era tratado. Las risas cesaron cuando el orador solicitó que la moción inhibitoria fuera retirada porque si era aprobada todo México diría, y toda la América también, que a su iniciativa se le había dado carpetazo. El escándalo resurgió y acompañó a la votación, cuyos resultados (trece delegaciones a favor de la inhibición de la propuesta, y cinco porque esta fuera turnada a una comisión) sorprendieron porque la AML se había alineado al bloque minoritario.

El reportero del semanario *Tiempo*, del que Guzmán era propietario y director, advirtió que al finalizar la sesión plenaria Alfonso Reyes movía la cabeza diciendo: “esto es un herradero”. A lo lejos, Enrique González Martínez utilizaba el mismo término añadiendo que la iniciativa merecía ser discutida a fondo. Nemesio García Naranjo se encaminó hacia Guzmán manifestándole que él se había anotado para hablar en contra de su iniciativa, pero que no había podido hacerlo. La nota cómica de la noche se produjo cuando la mamá de una actriz de cine confundió a Guzmán con Alfonso Junco, un devoto hispanista, y corrió a darle un abrazo efusivo mientras le comentaba que había estado espléndido. Junco agradeció el gesto en nombre de Guzmán, con el que tenía un gran parecido físico. En todo lo demás, eran opuestos.

Los periódicos de la Ciudad de México mostraron con creces la simpatía por Guzmán, quien fue descrito por *El Nacional* como un nuevo “divino Urueta” (aludiendo a quien fue llamado “el ruiseñor del porfiriato” por su excelsitud oratoria). Las delegaciones fueron divididas en dos grupos: las que proclamaban la independencia y las que anhelaban el tutelaje de España. *La Prensa* encabezó su primera plana con el balazo “Sumisión de los académicos a Franco”, mientras *Excelsior* anunciaba la muerte, poco antes de las ocho de la noche del día anterior, de la proposición de independizar a las academias hispanoamericanas. A partir de ese momento, abundó *El Universal*, estas últimas habían dado un nuevo uso y significado al verbo inhibir. Pero el pueblo, que no contaba aún con un diccionario propio, te-

nía una palabra para describir lo que había sucedido: chivearse. Por tal motivo, proponía que el neologismo enriqueciera en adelante el idioma español.

El sábado 5 de mayo, cuando las labores del Congreso culminaban, Guzmán volvió a la carga con un discurso que, “sin ánimos de molestar a nadie”, arremetía contra el estatuto de académico correspondiente (que era el suyo) por ser una rémora más de la subordinación a España y de la normatividad anacrónica que regía los vínculos entre las Academias. Para sorpresa de todos, en esta ocasión la moción formulada por Guzmán fue aprobada mediante una cerrada votación: siete delegaciones a favor y cinco en contra.

En su última intervención en el congreso, Guzmán apuntaló el tema con el que cerraría la revuelta que lo situaría en la palestra como el gran defensor de un nuevo significado de la hispanidad. Este fue el tema de su discurso en el comedor del Hotel Majestic, a unos pasos del Zócalo de la Ciudad de México, donde fue servida una cena en su honor por haber aportado al Congreso lo que *Excelsior* describió como un “rayo de libertad literaria y un debate estruendoso”. Cerca de Guzmán, en la mesa principal, estaban el novelista Rómulo Gallegos (ex presidente de Venezuela), Gilberto Loyo (di-

rector de la Escuela Nacional de Economía), el escritor Xavier Icaza, el redactor de *Excelsior*, el diputado César Garizurueta y el editor Rafael Giménez Siles. Setenta comensales más, entre los que había periodistas, intelectuales y artistas, abarrotaban las otras mesas.

Desde el primer párrafo de su discurso Guzmán indicó que la discrepancia reciente había tenido como trasfondo y motivo principal el concepto de hispanidad. De ahí dirigió sus miras hacia lo dicho por el académico José Vasconcelos en la sesión de clausura del Congreso y en un artículo publicado en *Novedades* el viernes 11 de mayo. Vasconcelos habla de lo que ignora, aseveró Guzmán, y reduce la hispanidad a lo español en su expresión más estrecha e intolerante; expresa bizantinismos que ocultan las persecuciones sangrientas en contra de la libertad. No sólo la religiosa, sino la de los otros países y las de los pueblos de la propia España. Guzmán antepuso frente a esta versión “absolutista” del hispanismo una visión que reconociera a las nacionalidades como la fuente principal en la obra común del lenguaje español, cuyo lema debía ser “unidad en la diversidad”. De este modo, concluyó Guzmán, la vitalidad del idioma no provendría del castellano de Castilla sino del que cada pueblo hablara en su patria. **U**

